

SOFIA

(CUENTO DE REYES)

María del Pino se detuvo, y miró el largo camino que dejando atrás serpenteaba por la montaña. Estaba jadeante, encendidos colores le cubrían la frente y las mejillas sudorosas. Había corrido mucho.

— **Si madre lo sabe se va enfadar** — pensó —.

Contempló allá a lo lejos “la casa grande”. Esta era una enorme casona, pintada de un color rojo oscuro con una gran puerta de hierro forjado y balcones de tea. Como almenas, lucía un penacho de grandes macetones grises. “La casa grande” como todos la llamaban pertenecía a la finca “Dos dragos”, donde siempre veraneaban sus dueños; muy cerca de la entrada tenía dos corpulentos y centenarios dragos, que eran los que les daban el nombre a la propiedad. La finca era hermosa, llena de árboles frutales, y a los ojos de la niña, que la contemplaba ahora desde lo alto, era inmensa, infinita.

Volvió de nuevo a correr; en su carrera, a veces, se entretenía en dar algún puntapié a las piedrecillas que encontraba en el camino, otras, daba saltos menudos, silenciosos y ligeros, como los saltarines pasos de una alpispa. Hasta que avistó su cueva, con su puerta pintada de verde, su patiecillo lleno de geranios, periquitos, ñameras y flores de mundo. Las paredes estaban tapizadas de macetas, cacharros y caracolas colgados en ellas, donde florecían helechos, esparragueras, geranios de enredadera y claveles de sol. Una pequeña latada con sus colgantes racimos de uvas negras, casi maduras, le daba al patio una sombra acogedora. La niña, cansada, se sentó debajo de ella.

— **¿De dónde vienes, María del Pino?**

La chiquilla se sobresaltó.

— **¿Qué traes en ese cartucho?**

— **¡Oh! má... vengo de la “casa grande”...**

— **¡Pero, María del Pino! ¿No sabes que tu padre no quiere que vayas tan lejos sola? ¿Di?**

— **Es que... es que, caminando, caminando, no me di de cuenta...**

— **¡Buena estás tú...! ¡Si padre lo llega a saber...! ¿Qué traes ahí?**

— **Plátanos, pan y dulces, que me dio la señora.**

— **¡Pero, María del Pino!... ¿Has estado pidiendo? ¡Si tu padre lo sabe te mata!**

— **¡Que no, má! ¡que yo no pedí! Me lo regaló la señora** — y empezó a llorar —

— **¡Bueno, no me vengas con llantos ahora!... toda sofocada y sudando como un pato... ¡si te digo que vas a acabar conmigo!... anda, anda, menos lágrimas y cuéntame que has hecho.**

La chiquilla se secó los ojos con la manga y el hombro de la blusa.

Lo que no iba a decir, la muy traviesa, era que deliberadamente se había alejado porque, siempre, la había fascinado todo lo de la “casa grande”. ¡Cómo

había deseado estar dentro de ella! pasear por su jardín, ver de cerca y hablar con una niña pequeña, como ella, que a veces veía desde lejos jugar y reír; así que dijo:

— **¡Oh, má! No hice nada... fue que caminando, caminando, llegué a la “casa grande”, me puse a mirar por las rejas de la puerta de hierro, las flores, los sillones blandos... ¡todo tan bonito!, entonces vi a una niña con un traje precioso, lleno de encajes, tenía el pelo rubio, lleno de rizos... parecía, parecía... ¡una princesa, má, una princesa! Estaba jugando sola y cuando vio, me dijo... ¿quieres jugar?, yo le dije que sí, y ella me abrió la puerta y entré; se llama Laura y tiene muchísimos, muchísimos juguetes y muñecas ¿sabes? ¡todo tan bonito!... ¡Oh, madre! ¿por qué yo no tengo juguetes?**

— *Porque somos pobres, querida.*

— **¿Y eso qué importa?... Dice Laura, que ella se los pide a los Reyes y siempre se los traen... ¿sabes? lo que hay que hacer, es pedirlos... ¡Oh! y jugué con Sofía... ¡es preciosa!**

— *¿Es la hermanita pequeña?*

— **No, Sofía es una muñeca, es muy linda, con sus rizos rubios, su carita de “vidrio” rosada y sus ojos azules... ¡se parece a Laura! Ella me dejó jugar con todo y con Sofía, pero después que me lavé las manos porque dice que había que cuidarla, porque era la muñeca nueva... me las lavé y me la dejó... la acaricié y era suave, suavita, y la besé muchas, muchas veces... ¡era tan bonita! y ¿sabes? tiene un sombrero y un traje azul con encajes y con unas pintitas muy chicas. Me dijo Laura que le pida una Sofía a los Reyes que me la traerán, que tan sólo hay que escribirles, ¿por qué no les escribimos ya?**

— **¡Pero, querida, si estamos finalizando Julio! Aún faltan muchos días, ¿qué digo días?... faltan meses para Reyes.**

— **¿Tanto falta?** — preguntó apenada —

— **Sí, además que como esto está tan lejos y somos tan pobres ¿quién va a llegar hasta aquí?**

— **¡Eso no importa! ¡eso no importa! dice Laura que siempre traen regalos... ¡escríbeles, má, escríbeles!**

La inmensa ingenuidad de sus recién cumplidos seis años la hacía más graciosa; con sus palabras, con sus enormes ojos muy abiertos, con los gestos de sus manos expresivas, con todo, trataba de convencer a la madre.

Esta la miraba y allá en el fondo de sus oscuros ojos, tan parecidos a los de la hija, había una nube de pena, donde también brillaba una chispita de rebeldía.

Mientras la oía hablar pensaba en el padre, en el mísero salario que ganaba, en lo que ella misma aportaba a la casa, cosechando, limpiando, sembrando en las duras tierras de las fincas vecinas, y también en que, pese a todo esto, fatigas y miserias nunca les faltaban.

— **¿Qué dices má, les escribes?**

— **¡Ya veremos! Pero vayamos a la cocina a ver cómo**

está el potaje, que ahora mismo llega padre.

Y las dos entraron en la cocina de techo de tierra donde florecían los veroles y punteras. Estaba hecha de madera, junto al mismo risco de la cueva, para protegerla de los vientos. Humilde, limpia, todo brillaba en ella desde la sartén colgada de un clavo en la pared como un ojo reluciente, hasta el viejo caldero de hierro que, sobre un negro brasero, dejaba ver a su alrededor el carbón de pino encendido, hecho ascuas rojas y brillantes.

Y llegó el padre y en el suelo se tendió el limpio mantel de arpillera de bordes de tela verde a cuadros; se sentaron y se sirvió el oloroso potaje y se amasó el tostado gofio de "millo" en un lebrillo de barro cocido. En un plato, también de barro, había unos rábanos limpios y frescos y en otro una cebolla rosada, partida en cuatro y hecha cascós, para acompañar al potaje; después de postre hubo pan y plátanos y dulces, que al padre le extrañó, pero cuando le dijeron que eran regalo de la señora de "la casa grande" no dijo nada más.

Y pasaron los días, y todos, uno a uno, María del Pino hablaba de Sofía, hablaba tanto de ella que a veces, cuando estaba sola, le contaba a "su niña", una piedra alargada, envuelta en un trozo de trapo viejo, que hacía las veces de muñeca, lo hermosa, lo lista y buena que era y cómo se la iban a traer los Reyes.

Cuando la oía, a Dolores le entraba una enorme angustia, ¿cómo iba ella a poder comprar una muñeca? Ya hubiese querido poder darle aunque sólo fuera una "pepona" de cartón... ¿pero con qué, Dios?

Y llegó Octubre, y María del Pino desde lejos vio cómo llegaba un gran coche tirado por caballos que, como otros años, llevaban de vuelta a la ciudad a la familia de "la casa grande"; vio a las criadas colocando en él algunos cestos de frutas y al cochero también colocando paquetes en el techo. Ahora no volverían hasta el año siguiente. A veces venían algún día, pero quien lo hacía con más frecuencia era el señor, alto, delgado, con su espesa barba negra y su sombrero y sus lentes que se sujetaban como una pinza sobre su afilada nariz.

Al siguiente día, Dolores, muy temprano tuvo que ir al pueblo. Para llegar a él, antes había que pasar por delante de "la casa grande" que estaba en las afueras. Un poco apartado de ella, junto a la orilla del camino, vio dos cajas de basura, se acercó a ellas, y con el pie le dio a una; entre la basura vio una hermosa muñeca. Su cara de porcelana estaba sucia, pero intacta; el pelo enmarañado, era rubio, no tenía piernas, pero aún vestía un hermoso traje azul lleno de pequeños lunares y encajes. Cuando la sacó de su caja y abrió sus bellos ojos azules, tuvo la certeza de que era Sofía.

Se quitó el delantal y casi con amor, la envolvió en él. Una emoción intensa, como si acabara de encontrar un tesoro, la invadió. El corazón le saltaba en el pecho. Ella la limpiaría, lavaría su cara, peinaría su pelo y le haría unas piernas nuevas con un trozo de franela rosa que guardaba en su cesta de costura y también le haría unas zapatillas rojas. Pensó en María del Pino, y otra vez allá en el fondo de sus ojos le brilló algo, pero esta vez no fue de rebeldía ni pena.

Y fueron pasando los días y tras del dorado Otoño con su mullida alfombra de hojas secas vino el frío Invierno, y llegó y se fue Navidad, y se acercaron los Reyes.

María del Pino estaba como loca, hablaba con la joven cabra que aún no había dado leche, con la "niña"

de piedra, con el gato, y hasta con la verde lagartija de tornasoles de oro, que habitaba entre las piedras del viejo muro; con todos hablaba de Sofía. A veces hasta con las nubes cuando, por entre algún desgarrón, creía ver asomar la cara vigilante de algún Rey Mago.

La víspera de Reyes, la niña encontró una vieja cesta, que lavó con esmero, luego la puso a secar y después la llenó de hierba fresca, verde y olorosa; luego le contó a la madre todo lo que había que hacer para recibir a los Reyes, según le había dicho Laura. Era tanta su emoción que no quiso probar bocado. Estaba nerviosa, inquieta, casi febril. Desde muy temprano, desde las tres de la tarde, se quiso acostar a ver si así corría más deprisa el tiempo y llegaban antes los Reyes.

Dolores sonreía feliz y la calmaba e intentaba distraerla; hasta que llegaron las seis de la tarde, empezó el cielo a oscurecerse y a brillar en él alguna estrella. Un aire helado se dejaba sentir en intenso frío. En la tibia cocina, después de la frugal cena, María del Pino, como un rito, fue colocando cerca de la puerta, primero la cesta con la hierba, después el viejo cubo lleno de agua, en los que habían de comer y beber los camellos, para recuperar fuerzas y proseguir su camino; por último, y junto a todo esto, puso su pequeña alpargata, tan gastada y descolorida que por su aspecto ya empezaba a pedir a gritos ser sustituida por otra.

— *Pero, vamos a ver... ¿No sería mejor que pusieras todo esto dentro de la cueva?* —preguntó la madre.

— **¡Oh, no! ¡qué va! ¡No sabes más lo grandísimos que son los camellos? ¿cómo van a caber dentro de la cueva? No, mejor está aquí cerca de la puerta, así tan sólo tendrán que hacer así:**

Y la chiquilla estirando el cuello, imitó a un camello comiendo. Dolores se rió.

— *¿Y si llueve, María del Pino?*

— **Pero má ¡no importa! aquí nunca se moja nada.**

Y era cierto; así que todos se fueron a la cama. El sueño de la niña fue agitado; a ratos se revolvía inquieta y abriendo los ojos preguntaba:

— **Má ¿llegaron ya?**

— *No, aún no han venido, ni lo van a hacer como sigas despertándote. A dormir.*

De nuevo cerraba los ojos, apretándolos mucho para que antes viniera el sueño.

Y fue pasando el tiempo. Una lluvia suave no había cesado de caer en toda la noche; con el amanecer cesó y fue entonces cuando un gran ruido despertó a los que dormían en la cueva.

— **Má... ¡qué son ellos!... ¡qué están ahí! voy a verlos...**

Y antes de que la madre pudiera decirle algo ya la chiquilla con una enorme alegría, descalza y casi sin abrigo, salió corriendo por la puerta.

Se dejó oír un inmenso silencio, la madre y el padre se vestían a toda prisa, cuando un grito de dolor, de intenso dolor, se oyó.

— *¡María del Pino!... ¡Hija!* Y los dos corrieron a la puerta.

De rodillas, bajo la desnuda latada, estaba la niña, tiritante, helada. Tenía toda la cara cubierta de lágrimas y, entre sollozos, tan sólo podía decir:

— **Mi Sofía!... ¡mi pobre Sofía!...**

De lo alto del risco una enorme piedra había caído sobre el frágil techo de la cocina, y lo había aplastado todo, cacharros, loza, lo mismo que la cesta y a la pobre Sofía que, en un gesto dramático, dejaba asomar solamente una trenza rubia y un sonrosado bráncito. Estaba destrozada.